

Intercambio y Comercio Preclásico, en el Mediterráneo



**I COLOQUIO
DEL CEFYP**



Centro de Estudios
Fenicios y Púnicos

Pilar Fernández Urial, Carlos González Wagner, Fernando López Pardo
(eds.)

**INTERCAMBIO Y COMERCIO PRECLÁSICO EN
EL MEDITERRÁNEO**

Actas del 1 coloquio del CEFYP

Madrid, 9-12 de noviembre, 1998

CENTRO DE ESTUDIOS FENICIOS Y PÚNICOS

2000

© Centro de Estudios Fenicios y Púnicos
© Edita: Signifer Libros. Apdo. 52005 Madrid
Depósito legal: BA-547-2000
I.S.B.N.: 84-931207-6-6

Impreso en: Grandizo-Llerena (Badajoz)

Difusión: Centro de Estudios Fenicios y Púnicos, Facultad de Geografía e Historia,
Universidad Complutense, Ciudad Universitaria s/n, 28040, Madrid

Unamón Revisado

José Ramón Pérez-Aeino 1

La precolonización revisada: De los modelos del s. XIX al concepto de interacción

Marisa Ruiz-Gálvez 9

Comercio e intercambio en el contexto precolonial

Jaime Alvar 27

Intercambios y comercio precolonial en las Baleares (c.1100-600 cal. BC)

Víctor M. Guerrero 35

O comércio fenício no território atualmente português

Ana Marguerida Arruda 59

Comercio lejano, colonización e intercambio desigual en la expansión fenicia arcaica por el Mediterráneo

Carlos G. Wagner 79

Miniere e Metallurgia nella Sardegna fenicia e punica

Enríco Aequare 93

La Sardegna crocevia del comercio fenicio

Piero Bartoloni 103

El comercio etrusco-fenicio: algunos apuntes

Carlos Gómez Bellard 109

El papel del templo de Tas Silg. Fenicios e indígenas en Malta.

Pablo Vidal González 115

Formas de intercambio de los fenicios occidentales en época arcaica

José Luis López Castro 123

Intercambio y estructuras comerciales en el interior de la Península Ibérica

Sebastián Celestino Pérez 137

Tartessos, estelas, modelos pesimistas

Feo. J. Moreno Arrastio 153

El comercio como factor de desarrollo y rasgo de caracterización de la vida urbana: los orígenes de Tartessos

Juan Pedro Garrido Roíz 175

Los fenicios en el Interior

Ramón López Domech 189

El Santuario de La Alcudia

José María Blázquez 197

Economía y sociedad en el sur peninsular en el periodo Orientalizante: La Serranía de Ronda
Manuel Carrilero Millán 203

Del Mercado invisible (Comercio silencioso) a las Factorías-Fortaleza púnicas en la costa atlántica africana
Fernando López Pardo 215

Le citta fenicie del Nord-Africa: problemi di integrazione etnica e risorse economiche
L.I. Manfredi 231

Algunos instrumentos y procedimientos de intercambio en la Grecia Arcaica
Adolfo J. Domínguez Monedero 241

Emporion et Emporia: quelques observations sur l'initiative et la tutelle
Pierre Rouillard 259

Los viajes griegos arcaicos a Occidente: los procesos de mitificación
Domingo Plácido 267

El Comercio de la Púrpura
Pilar Fernández Uribe 271

Comportamientos de mercado en la producción orfebre del taller de Cádiz
Alicia Perea 281

Santuarios y comercio fenicio en Tartessos
María Belén 293

Evolución y estructura del comercio gaditano en época púnica. Un avance a partir de la documentación arqueológica. I. (ss. VI-IV A.N.E.)
Ana María Niveau de Villedary y Juan Ignacio Vallejo 313

Del Mercado invisible (Comercio silencioso) a las Factorías-Fortaleza púnicas en la costa atlántica africana

FERNANDO LÓPEZ PARDO

Universidad Complutense de Madrid

Para los historiadores de la Antigüedad supuso una auténtica conmoción la irrupción de los economistas en el análisis de las estructuras económicas antiguas al proponer modelos que se alejaban radicalmente de la imagen modernizante y básicamente descriptiva que manejaban los historiadores tradicionales (Zaccagnini, 1996: 127-143). Hoy en día, los historiadores de la Antigüedad no se conforman con desarrollar cierta destreza en el manejo de las fuentes arqueológicas y literarias, sino que han vuelto la mirada hacia el quehacer de otros investigadores, fundamentalmente antropólogos, geógrafos y economistas, para incorporar sus hallazgos y formas de análisis con el objeto de enriquecer su propia lectura del pasado. Fruto de ello es el tránsito de una historia económica meramente descriptiva a otra más analítica con tintes estructuralistas o sistémicos, donde las diferentes formas de intercambio se insertan en esquemas socioeconómicos determinados. No obstante, en muchos aspectos somos todavía principiantes y nuestros análisis no son lo preciso que cabría esperar. Un ejemplo de ello es el que se viene realizando sobre el denominado "Comercio Silencioso", un mecanismo económico mencionado por Heródoto (IV, 127) que ha sido recogido hasta la saciedad en artículos y monografías pero que, paradójicamente, se ha resistido a ser comprendido o integrado coherentemente en los sistemas económicos antiguos, quizás porque parecía una fórmula ya en desuso en el Mediterráneo en el s. V a.e., y señalada implícitamente como una rareza por el autor de Halicarnaso.

Aunque su funcionamiento parece claro, existe, sin embargo, una enorme confusión terminológica. En castellano, la expresión "comercio silencioso" puede tener el significado de "intercambio tácitamente establecido", es decir, sin articular palabra, indicando con ello que no es necesario ponerse de acuerdo para establecer sus reglas ni para desarrollarlo, pero este sentido no se ajusta con precisión a las características principales de este sistema de intercambio. Por otro lado, es frecuente ver otras denominaciones como la de "comercio en silencio" o "mudo", muy semejante a como aparece en francés, "*trae a la muette*", o en inglés "*silent trade*" (Price, 1980: 76), en las cuales el acento se pone en que es una transacción muda, idea muy alejada de la esencia de esta forma de trueque. Así podría denominarse, en realidad, el mercadeo realizado en lugares alejados cuando los visitantes desconocen el idioma local o los vendedores menos activos no han

aprendido aún los rudimentos básicos de la lengua de los compradores foráneos, haciéndose entender por señas. Sin embargo, en todos los casos que conocemos de este tipo de práctica su denominador común no es el silencio mientras se intercambian los productos, sino que este se realiza entre dos partes que nunca están presentes a la vez ante las mercancías que se van a trocar, por ello nos parece más adecuado utilizar en este trabajo otros vocablos más acordes con su esencia, como comercio "invisible" o, mejor aún, "no presencial".

Para los antropólogos el comercio invisible es una forma de intercambio ancestral que se puede documentar en sociedades, principalmente ágrafas, de distintas latitudes (Herkovits, 1952: 174-187); para los economistas también es un sistema vinculado a los usos económicos todavía poco desarrollados (Arnold, 1976: 201); y, en fin, para los historiadores de la Antigüedad se trata de una más de las formas que los comerciantes de un pueblo antiguo, el cartaginés (y por extensión el fenicio, el griego, etc.), adoptaron para realizar intercambios con comunidades indígenas menos desarrolladas, en una relación claramente desigual.

De todos ellos se destaca como el precedente más antiguo conocido un pasaje de Heródoto (IV, 196, ed. Schrader, 1995: 467-8), que nos vemos obligados a reproducir, ya que es el centro de nuestro análisis:

"Los cartagineses cuentan también la siguiente historia: en Libya, allende las Columnas de Hércules, hay cierto lugar que se encuentra habitado; cuando arriban a ese paraje, descargan sus mercancías, las dejan alineadas a lo largo de la playa y acto seguido se embarcan en sus naves y hacen señales de humo. Entonces los indígenas, al ver el humo, acuden a la orilla del mar y, sin pérdida de tiempo, dejan oro como pago de las mercancías y se alejan bastante de las mismas. Por su parte, los cartagineses desembarcan y examinan el oro; y si les parece un justo precio por las mercancías, lo cogen y se van; en cambio, si no lo estiman justo, vuelven a embarcarse en las naves y permanecen a la expectativa. Entonces los nativos, por lo general, se acercan y siguen añadiendo más oro, hasta que los dejan satisfechos. Y ni unos ni otros faltan a la justicia; pues ni los cartagineses tocan el oro hasta que, a su juicio, haya igualado el valor de las mercancías, ni los indígenas tocan las mercancías antes de que los mercaderes hayan cogido el oro."

Aunque no conocemos otras referencias de época arcaica que puedan ser equiparables, sin embargo, no se trata de una fórmula poco frecuente. Noticias de prácticas similares se han recogido en lugares muy diversos: entre los Chukchis de Siberia, esquimales de Alaska, o en California, en la isla de Luzón, Malasia, Nueva Guinea, Ceilán, y naturalmente en el continente africano, donde, por ejemplo, los mbuti del bosque Ituri intercambian de esta manera carne por bananas con los agricultores bantúes (Harris, 1981: 313). Los trueques entre los bouloú y los pigmeos de Djoum (sur de Camerún) se hacían hasta mediados de este siglo de una forma extraordinariamente similar a la descrita por Heródoto: los primeros depositaban en el borde de un sendero los productos que querían intercambiar, bananas, mandioca u otros vegetales; los pigmeos por su parte apilaban enfrente caza, carne ahumada, miel, etc. Si las cantidades propuestas se consideraban equivalentes, los bouloú tomaban lo que se les había ofrecido; los pigmeos sabían entonces que el mercadeo había sido aceptado y tomaban la contrapartida (Binet, 1970: 201).

La repetición de este procedimiento en lugares y contextos tan diferentes ha favorecido la idea de que el "comercio silencioso" o "no presencial" es un sistema de intercambio básico, como una primitiva forma de relacionarse económicamente entre pueblos que entran en contacto, pero se trata, en nuestra opinión, de un sistema ciertamente complicado, que casa mal con la imagen que nos hacemos de los primeros contactos comerciales que llevaron a cabo los fenicios en Occidente. Esta fórmula requiere algún tipo de contacto previo que establezca como se van a realizar las transacciones y que mercancías van a ser vendidas, así como cual será su periodicidad. Por otro lado no es imaginable para los primeros contactos esporádicos ya que la falta de regularidad de los intercambios entre los mismos interlocutores favorece que uno de ellos se apropie de las mercan-

cías depositadas ante la convicción de que quizás nunca se volverá a entrar en relación con las mismas personas. Creo, en definitiva, que se trata de una fórmula de intercambio pactada y estable. Si estos argumentos no convencen suficientemente, habría que preguntarse por qué, si esta forma de intercambio se asocia a los primeros momentos, los *boulou* y los pigmeos la han mantenido durante siglos, o por qué en el Sahel ha seguido practicándose desde la Edad Media hasta el siglo XIX.

Parece difícil invocar una explicación única que aclare en qué momentos y por qué distintos pueblos aplican este mecanismo de intercambio, lo cual va en contra, también, de la idea de que se trata de una fórmula primitiva. Entre las distintas explicaciones podemos espigar las más representativas: el distinto nivel de desarrollo cultural de las comunidades que entran en contacto, ya que no podrían enfrentarse en un plano de igualdad o debido a la extrema debilidad de una de las partes (Amo Id, 1976: 201); las dificultades para entenderse pueblos de lenguas distintas; o como el mejor modo de tratar con extranjeros, evitando el contacto directo, que podía conducir a incidentes desagradables. También se ha considerado un mecanismo para facilitar el comercio entre grupos distantes (Harris, 1981: 313). En algunos casos comienza a realizarse entre individuos de dos grupos que han estado enfrentados en un largo conflicto, hasta la normalización de las relaciones, tanto por el recelo mutuo como para dar la apariencia de la inexistencia de trueques (Binet, 1970: 201). En esta línea, últimamente se ha propuesto, incluso, una explicación *etic-emic* para la práctica descrita por Heródoto (Tandy, 1997: 116): mientras los bienes-regalo son apreciados como de naturaleza noble, los bienes-mercado se considerarían de naturaleza indeseable; en esta tesitura, el intercambio invisible, al no existir contacto entre los que realizan la transacción, no sería considerado un intercambio mercantil y no sería percibido como perturbador e innoble. Se trata, en suma, de una cuestión abierta aún, aunque parece claro, sin embargo, como afirma Herkovits (1952: 174-5), que es una forma más del conjunto de mecanismos de trueque, siendo este un modo de intercambio habitual entre comunidades diferentes y que no se circunscribe a pueblos en un estadio cultural determinado, pues se ha constatado desde en grupos cazadores-recolectores en adelante.

Casi todas ellas son explicaciones imaginables para el cuadro planteado por el historiador griego, sin embargo, no vemos reproducirse el mecanismo siempre que las condiciones planteadas se repiten, como parece, por demás, evidente. No siempre que entran en contacto pueblos en estadios culturales diferentes se recurre al trueque no presencial, tampoco cuando las diferencias idiomáticas lo dificultan, ni, por supuesto, cuando el comercio es considerado por algún grupo una actividad despreciable.

Creo, en suma, que un acercamiento al escenario africano y a la realidad de la expansión fenicio-púnica en la región puede darnos nuevas claves sobre esta práctica de intercambio que ya parecía abandonada en el Mediterráneo en tiempos de Heródoto.

Como apuntábamos unas líneas atrás, este tipo de transacción se sitúa fuera de los intercambios codificados y reglamentados dentro del grupo o entre grupos emparentados. En estos casos, para la transferencia de bienes, se recurre con frecuencia a fórmulas de regalo, cuya práctica no se limita a las elites, sino que se extiende a casi todos los miembros del grupo. La necesidad de contar con productos para regalar es general a casi toda la comunidad, de ahí que la penetración de objetos foráneos en ambientes indígenas no parezca circunscribirse a grupos de cierto rango pues se encuentran en casi todos los contextos sociales, como se apreciaba a través del registro arqueológico, tanto en yacimientos indígenas peninsulares como norteafricanos, donde los productos fenicios y griegos importados desde la costa se documentan hasta en la cabaña más humilde). En el seno de cada familia son necesarios para la dote, para las celebraciones, o bien para realizar una redistribución individual de mercancías concentradas artificialmente en las manos del padre, etc. También son comunes los regalos de superior a inferior para redistribuir la riqueza (de forma simétrica o asimétrica) o afirmar una autoridad, regalos de inferior a superior para reconocer una subordinación, regalos entre iguales para marcar la buena voluntad y la amistad; en fin, se trata de una red de prestaciones muy compleja.

Sin embargo, el sistema de dones plantea, entre otros, un problema especialmente agudo, la dificultad de satisfacer los intereses del receptor, pues en principio el regalo debe ser aceptado, se necesite o no, guste o no, pues su rechazo se considera un agravio imperdonable, y como consecuencia de su recepción se contrae una deuda o se considera satisfecho un compromiso anterior, a pesar de que el mismo no le reporte beneficio alguno. Ello obliga a establecer fórmulas de intercambio, muchas veces no reconocidas como tales, pues a veces son enmascaradas con ritos de entrega de dones o canje de supuestos regalos meticulosamente valorados previamente².

De todo ello no debemos colegir que el comercio no presencial constituye el mecanismo habitual de transacción entre grupos no emparentados, pues existen otras formas menos complicadas y que traban menos el flujo de bienes, entre las que podemos destacar el mercado. A pesar de que tradicionalmente se asocia su existencia con comunidades tranquilas o en paz y centralizadas, de hecho existen zocos en sociedades poco jerarquizadas, documentándose mercados regulares en situaciones de inseguridad endémica y entre grupos tribales extraordinariamente compartimentados, como es el caso de los beréberes del Rif (Benet, 1976: 237-264). En cuyos casos se suelen articular treguas que coinciden con el paso estacional de los trashumantes por la zona, o se reviste al mercado de una organización y normas que garanticen su apacibilidad. Su existencia viene determinada, por lo tanto, no por el alto grado de centralización política (aunque hay que señalar que favorece la extensión de los mercados) sino por la necesidad de las partes de abastecerse de ciertos productos.

En este sentido, de alguna manera hemos de incluir el comercio invisible entre las formas de mercado a pesar de no caracterizarse por una regularidad temporal estricta. Cuenta, sin embargo, con otros atributos comunes como la delimitación espacial: en el pasaje herodoteo la playa parece el lugar tradicionalmente utilizado, y en otros ejemplos africanos aparecen también muy claramente delimitados los lugares de intercambio. Por otro lado, sin duda se produce una formación de precios, obtenida normalmente por el regateo, que vemos perfectamente documentado por Heródoto, aunque se trata de una formación de precios enormemente imperfecta, en la que a veces intervienen más otros factores que las cantidades de productos presentes³.

No obstante, por varias razones, muchas comunidades reducen al máximo su necesidad de dotarse de productos foráneos y recurren a sistemas más inseguros y menos beneficiosos como la buhonería, pero la obtención de las mercancías se hace especialmente onerosa por la larga cadena de transmisiones que se genera⁴.

A pesar de la tendencia a la autosatisfacción de necesidades, en la región norteafricana han faltado en el Antigüedad y Edad Media productos como las armas de cobre y bronce y en el área sahariana, además de los metales, la sal. Era necesario obtenerlos por cualquier medio y en suficiente cantidad, hecho difícilmente materializable con prácticas de buhonería e intercambio de regalos. En este contexto entra en juego el intercambio no presencial ya que parece la fórmula más apropiada para obtenerlos cuando el contacto se hace con mercaderes foráneos o con grupos

1. No está de ninguna manera probado, sino todo lo contrario, que al comienzo de las relaciones los productos fueran a parar sólo a la elite y luego se popularizaran, en razón de un acceso diferencial al intercambio. El acceso diferencial se erode en función del valor social del objeto intercambiado. Los valiosos bienes suntuarios sólo podían ser adquiridos por personajes importantes o los recibían como regalo, mientras que las piezas de escaso valor, aunque también foráneas o coloniales, eran accesibles para casi todos. La mayor parte de los objetos comercializados fueron considerados productos de lujo, de un lujo proporcional a la mediocridad general de las condiciones de vida y que puede parecerse irrisoria: son las pequeñas cuentas de vidrio, las cerámicas a torno más corrientes, las salazones de pescado para condimentar las salsas, etc.
2. Esto podría explicar, quizás, la inserción de lugares de culto fenicios en contextos indígenas, no tanto para garantizar las transacciones, como se ha venido postulando, sino para enfatizar el carácter sagrado del trueque en un simulacro de intercambio de regalos.
3. En otros casos en los que se aplican formas complementarias de seguridad, es difícil la formación del precio mediante el regateo y por ello se recurre, normalmente, a los precios marcados por la costumbre (ejemp. sal-oro).
4. Suele realizarse la entrega de bienes a un pequeño grupo de guerreros célibes o a mercaderes especializados que se desplazan a un centenar de kilómetros para intercambiar esos productos por otros traídos de lejos. En el Sahel, en la región de Kindia, este tránsito era el que existía antes de la implantación de los mercados. Lo hacían los jóvenes durante algunos años, antes de casarse. En las fronteras del país, comerciantes de otras etnias compraban y reexportaban los bienes tomados (Binet, 1970: 127). En Marruecos la buhonería parece haber coexistido con los zocos, siendo a veces complementarios (Troin, 1975: 50).

nÓmadas que vienen de lejos, pues una característica frecuente en la constitución de "mercados no presenciales" es la contradicción existente entre el deseo de obtener las mercancías y el rechazo absoluto del contacto con los portadores de dichos bienes. La razón parece evidente, se trata de pueblos que tienen entre medias el desierto, siendo casi imposible el establecimiento de lazos que los vinculen y generándose, además, efectos indeseables en el contacto directo. El trueque no presencial aparecería así como substitutivo de los mercados regulares y de los contactos entre buhoneros, profesionalizados o no, cuando los vínculos que vienen aparejados a estas prácticas son difíciles de mantener, o no tienen interés, o son perniciosos. Esta parecería la base para el recurso a este mecanismo, y en conclusión hay que descartar su carácter primigenio y considerarlo más como una forma anómala frente a otros sistemas habituales de trueque, que parecen mucho más extendidos.

Ahora bien, la repetición de esta fórmula en el Oeste africano durante la Edad Media y en época reciente, de las que tenemos más datos, podría precisarnos más aún el intercambio entre cartagineses y libios o etíopes. En un texto de Yakoub de comienzos del siglo XIII se señala que los comerciantes de Sijilmasa (Marruecos) cuando llegaban a la región subsahariana debían retirarse a gran distancia, media jornada de marcha, tras depositar sus mercancías en pequeños montones marcados con el nombre del propietario: sal, animales, anillos de cobre y perlas azules. Los sahelianos pasaban entonces el río, y examinando las mercancías, depositaban el equivalente en oro, después desaparecían. Los mercaderes de Sijilmasa volvían y tomaban el oro si estaban de acuerdo con la cantidad dejada Gacques-Meunie, 1982, vol. II: 410)6.

Otra práctica similar es señalada por un inglés a comienzos del siglo XIX, el capitán Lyon constata que más allá de Tombuctú existe un lugar de donde se obtiene mucho oro y donde los habitantes no son visibles. Al anochecer se depositan las mercancías que se quiere vender en lugares determinados; y por la mañana se encuentra que ellas han sido tomadas y reemplazadas por el oro según su valor.

Sin pretender hacer extensiva a todas las manifestaciones de intercambio invisible una única explicación, apreciamos una misma trayectoria en el Oeste sahariano en relación con el comercio de polvo de oro. A pesar de que en ninguno de los textos se especifica, se aprecia en ellos una relación asimétrica marcada por el recelo. De las referencias medieval y moderna parece desprenderse una gran preocupación de los indígenas por su propia seguridad, reduciendo de esta manera la posibilidad de ser capturados y esclavizados por los transeúntes foráneos⁵, además de permitirles preservar el secreto de las fuentes de aprovisionamiento de oro. Dicha preocupación parece incrementarse con el paso del tiempo ya que se articulan nuevos mecanismos de seguridad: en el texto de Yakoub se obliga a los de Sijilmasa a retirarse a gran distancia, media jornada de marcha tras depositar sus mercancías, Gacques-Meunie, 1982: vol. II, 410); Y en el siglo XIX, es necesaria la oscuridad de la noche para realizar el intercambio y así evitan los sahelianos ser capturados por los caravaneros.

Por su parte, en el escenario descrito por Heródoto, en esa playa donde desembarcaban los cartagineses, no podían sentirse seguros más que los piratas armados, como muy bien podían ser considerados los fenicios y los cartagineses en estas latitudes, captores de esclavos, de cuya fama ya gozaban en el Mediterráneo. El contexto atlántico de relaciones etíópico-beréberes no era muy diferente y debió servir de precedente para el trueque que realizaban los cartagineses. Heródoto señala en el mismo libro donde habla del comercio no presencial (IV, 183), que los garamantes, tribu líbica, capturaban etíopes con sus carros lanzados al galope; también se servían de carros los *Nigrites* y los *Pharousii*, pueblos cercanos a la costa atlántica (Estrabón, XVII, 3, 7). Sus travesías

5. De esta manera, podríamos considerar que las relaciones hispano-norteafricanas ancestrales, que tenían como objetivo principal el Intercambio de marfil y objetos de bronce, debían articularse, en ocasiones, con esta fórmula pactada.

6. J. Carcopino (1943: 107) al comentar este texto consideraba que: "Los negros de los países del oro tenían miedo de ser *lenir deboHI* ante los mercaderes blancos".

7. También recogido por J. Carcopino, 1943: 109; y E.H. Warmington, 1974: 97.

8. Idea que debo a la amabilidad del profesor Francisco Moreno Arrastio.

del desierto con grandes odres bajo el vientre de sus caballos eran conocidas, al menos, desde el s. IV a.e. (Estrabón, XVII, 3, 3; Desanges, 1962: 230). Por otra parte, los grabados de carros y armas en las plataformas rocosas atlásicas y saharianas de la región atlántica son sin duda alusivos a la prevalencia de estos elementos por algunos grupos beréberes para ejercer acciones sobre grupos etíopes sedentarios de la región (Camps, 1960: 20-21; 1974: 256)

La parte contraria, los fenicios o los cartagineses, tampoco debía sentirse segura en el contexto que acabamos de describir. Debía existir una considerable prevención púnica a propósito de la codicia de alguna población costera indígena que quisiera adueñarse de las mercaderías traídas por los mediterráneos. En este sistema, el barco servía de almacén seguro y la pérdida de los bienes desembarcados en estas relaciones inestables y recelosas podía ser asumida con facilidad. Sobre ello incidiremos más adelante.

Fenicios y/o cartagineses en un paraje más allá de las Columnas de Heracles.

A pesar de que el autor griego tiene buen cuidado en señalar que era una práctica desarrollada por los cartagineses más allá de las Columnas de Heracles, son fuertes las reticencias de muchos investigadores a admitir que se tratara de comerciantes de Cartago, con el argumento de que muchos autores antiguos confunden fenicios y cartagineses, o porque en sus obras aparecen como términos equivalentes. Creemos, sin embargo que se trata de un hecho poco habitual en Heródoto (Bunnens, 1983: 234). No obstante, entra dentro de lo posible que la fuente de información cartaginesa del autor griego no fuera lo exacta que cabría esperar, además nada excluye que los fenicios occidentales tuvieran que utilizarlo si eran ellos los que frecuentaban las costas atlánticas donde era obligada su realización.

También irá en contra de la supuesta confusión el hecho de que no se trata del único dato de la presencia cartaginesa en la región, pues diversos indicios apuntan a una acción institucional del Estado cartaginés en el ámbito del Estrecho. En este sentido, se pueden destacar los viajes de reconocimiento de dos personajes cartagineses, Hannón e Himilcón, el primero de circunnavegación de África y el segundo por las costas oceánicas europeas (Plinio, *N.H.* 11, 169); el descubrimiento de una isla en el Océano también puede ser utilizado como indicio, pues si bien se atribuyó a los fenicios el hallazgo, se la reservaron los cartagineses, cuando los etruscos se propusieron colonizarla (Diodoro Sículo, V, 19-20); además, varios autores como el mismo Heródoto (*ifr.* 2), Éforo (Ps. Scymnos, 196-8) o Avieno (*O.M.* 375-80) insisten en un proceso de colonización cartaginesa en la región atlántica; o, en fin, la afirmación del Pseudo Escilax (94), en el s. IV a.e., de que la costa africana hasta el Estrecho pertenece a Cartago; amen de otros textos de difícil adscripción cronológica⁹.

Heródoto tampoco aporta grandes precisiones sobre el lugar donde se realiza este tipo de transacción, solamente que es en Libia, más allá de las Columnas de Heracles. No se podría deducir con seguridad que se trata de un punto de la costa marroquí, entendiendo que Libia es la franja anterior al desierto, por encima de Etiopía, ya que el autor griego es muy ambiguo a este respecto, pues señala dos párrafos más abajo (IV, 197) que son autóctonos los libios y los etíopes (aquellos habitan al norte, en tanto que estos últimos lo hacen al sur de Libia). Sin embargo, el conocido texto está a continuación de una relación de pueblos libios y tras él, Heródoto cierra el capítulo señalando que esos son los pueblos libios que puede citar (IV, 197). Cabría, pues, sospechar que el lugar donde este se realizaba era un punto septentrional de la costa, entre el Estrecho y la región sahariana. Sin duda es lo más probable, si hacemos una somera relación de los progresos realizados en la exploración de la costa africana desde la fundación de la factoría estacional de Mogador, a principios del s. VII a.e., hasta la caída de Cartago hemos de considerar, a la luz de informaciones contrastables, que los avances fueron muy limitados: el río Draa no aparece en la literatura periplea hasta Polibio (146 a.e.) (Plin. *N.H.*, V, 1,9-10), época a partir de la cual menu-

9. Sobre esta cuestión véase: López Castro, 1992: 51-64; Domínguez Monedero, 1995: 223-239; G. Wagner, 1999: 514-16.

dea con el nombre de *Darat*, y las islas Canarias tampoco habían sido incorporadas antes de esa época. En ningún documento se vislumbra una progresión más allá de Mogador y su área de influencia: el cabo Ghir, el valle del Sous y el uadi Massa, en cuyo contexto se puede situar el "comercio silencioso" descrito por Heródoto.¹⁰

La escasa progresión en el África Occidental contrasta sobremanera con la extraordinaria extensión de los reconocimientos en el mar Eritreo que llegaron, al menos, hasta el Cuerno de África. Sin duda hay que recurrir a la explicación que tradicionalmente se viene postulando: las dificultades de la navegación por la costa sahariana y la práctica imposibilidad de retorno a causa de los vientos dominantes en la zona (Mauny, 1955: 96-97). Esta problemática explica tanto el miedo señalado en algunos textos a alejarse demasiado de *Lixus*, como el desconocimiento de esta costa y la dificultad de establecer enclaves más meridionales. No podemos, pues, marcharnos de este escenario para localizar *Kerne* y el comercio no presencial. Precisamente esta forma de intercambio se ha puesto en relación frecuentemente con las prácticas comerciales que se realizaron en torno a la mítica isla de *Kerne*, reflejadas en otros documentos griegos. Precisamente, J. Carcopino (1943: 61-80), J. Ramin (1776: 10-11), M. Euzennat (1994a: 577) y últimamente A. Domínguez Monedero (1995: 61-80) han sabido establecer algún tipo de conexión entre el texto de Heródoto y el párrafo del Pseudo Escílax que recuerda que los fenicios, al llegar a *Kerne*, trasladan sus mercancías a la isla y se cobijan en tiendas y desde allí se desplazan en barcas al Continente donde comercian con los etíopes; y con otro de Palafato de la misma época que destaca la riqueza en oro de estos etíopes sagrados que viven en su entorno (XXXI). A ellos habría que sumar el Periplo de Hannón que señala la fundación de una última colonia en la isla.

Aquí nos encontramos en una zona de frontera y quizás ello explique la ambigüedad de Heródoto. En este ámbito se localizaban, sin duda, tribus etíopes, como los *Daratitae* (Plin. *N.H.*, V, 10; Ptol., IV, 6,5) ribereños del *Darat* (Draa), así como los *Aganginae* (Ptol., IV, 6,6) probablemente al sur del Draa. Por su parte el Pseudo Escílax (112, *C.C.M.* p. 93; también recogido por Dionisio Periegeta, V, 218-19, *G.C.M.*, Π, 114) sitúa a los etíopes en torno al río *Xion*, no lejos de *Kerne*, a 12 días de las Columnas de Hércules (Desanges, 1962: 203, 213, 246-8). Pero también había en las inmediaciones tribus libias o gétulas como los *Nigritae* y *Pharousii* que Estrabón (XVII, 3,3) sitúa a 30 días de marcha de *Lunx* (*Lixus*, Larache). Se trata de arqueros que también disponían de carros, que atravesaban el desierto colocando bajo el vientre de sus caballos odres llenos de agua. Según las indicaciones dadas por Ptolomeo (IV, 6,6) habitarían la región del uadi Oum er Rbia o el Tensift, según con cual de ellos se identifique el *Anatis* (Desanges, 1962: 230). Aproximadamente en esta misma zona los localiza Plinio (V, 10), entre el *Salu* (Bou Regreb) y el *Darat* (Draa) (Camps, 1960: 32).

En un interesante y documentado trabajo de Adolfo J. Domínguez Monedero (1995: 61-80), donde analiza con gran precisión el mecanismo comercial utilizado en torno a *Kerne* que viene descrito en el Periplo del Pseudo Escílax, se propone la sugerente idea de que existiría una progresión en las actividades económicas en torno a esta isla: el inicio se articularía a través del comercio "invisible" (Heródoto); a continuación se produciría la dinamización estacional de los intercambios ya presenciales con viajes más frecuentes a *Kerne* (Pseudo Escílax); y, por último, la fundación de un establecimiento permanente, una colonia según el Periplo de Hannón. Este último hito, la fundación de un enclave en *Kerne*, se habría producido, según la cronología aceptada por el autor, entre el s. VI y V a.c., lo cual marcaría la barrera cronológica de los dos mecanismos comerciales descritos, pues considera que estos sólo pueden darse en los primeros momentos de contacto (70).

Seguramente la secuencia propuesta no violenta en demasía la datación del relato del comercio no presencial pues bastaría con atribuir al viaje de Hannón una fecha baja dentro de la franja en que se data y por otro lado hacer remontar la fuente que recoge Heródoto unas decenas de años antes. Incluso el profesor Domínguez sugiere que la información del autor de Halicar-

10. Sobre la identificación de *Kerne* con Mogador, véase Euzennat, 1994: 222-223.

naso puede provenir de! mismo contexto de viajes cartagineses por el África atlántica¹. Mayor complicación tiene desplazar al s. VI a.e. o comienzos del s. V a.e., las informaciones del Pseudo Escílax sobre el comercio presencial en torno a Kerne, cuando una mayoría de autores asume que estas informaciones fueron incorporadas a la redacción definitiva del Periplo en el siglo IV a.e..

Al parecer el Periplo del Pseudo Escílax tiene una estructura arcaica con una relación de nombres de localidades de la época, algunas de las cuales no existían ya en el siglo IV a.e.. Así ocurre con las zonas más alejadas de Grecia y del Mar Negro cuya descripción parece anterior al 500 a.e., así como de Italia (Peretti, 1988: 13-137). Sin embargo, la parte africana no forma un bloque homogéneo en cuanto se refiere a la toponimia (Desanges, 1978: 94). En cualquier caso, existe un consenso casi unánime en aceptar que las informaciones de carácter etnográfico, botánico, histórico, etc. son agregados en el siglo IV a.e. (Peretti, 1961: 5-43; Peretti, 1988: 117-8). A este respecto, A. Peretti considera que el núcleo primitivo del Periplo líbico ha sido contaminado por una fuente muy informada sobre la Libia Atlántica y sus habitantes, sobre su fauna, costumbres locales y sobre las relaciones comerciales de los etíopes con los fenicios. La redacción final del periplo tuvo lugar entre los años 338 y 335 a.e. y se debió a un ateniense (Peretti, 1988: 118). A pesar de todo ello, Domínguez Monedero cree que quien hizo estos añadidos pudo servirse de informaciones más antiguas (1995: 64), y que por lo tanto pueden remontar a la primera mitad del s. VI a.e.

En el mismo sentido ya se pronunció André Jodin (1966: 187) a la luz de los hallazgos de la factoría fenicia de Mogador, que perduró hasta mediados del s. VI a.e., a raíz de una posible coincidencia, la ausencia de muros en la factoría estacional y el dato peripleo de que los fenicios se cobijaban en tiendas durante su estancia en Kerne, con lo cual el Periplo ateniense estaría informando de un hecho constatado arqueológicamente en Mogador entre principios de! s. VII y mediados de! VI a.e.. Aduce como indicio que en el Pseudo Escílax se habla siempre de fenicios: las ciudades de *Lixos* y *Thymiateria* aparecen como fenicias y los comerciantes que van a Kerne también son identificados como tales. El argumento es insuficiente, pues parece que para el autor griego fenicio y púnico son intercambiables, como prueba su afirmación de que Cartago es una ciudad fenicia (*polis phoinikon*) (94 F 111).

Si recurrimos al análisis de la información aportada por el párrafo relativo a Kerne en el periplo del Pseudo Escílax parece que los datos no llevan en la dirección propuesta. Un hecho me parece especialmente significativo: en el relato se especifica que la cerámica griega que venden los fenicios es toda ella ática, lo cual impide, en mi opinión, remontar la información al siglo VI a.e.. En esa época la cerámica fabricada en Atenas no había conseguido desplazar aún a las cerámicas de Corinto y de la costa jonia en el comercio fenicio en el Atlántico (Villard, 1960: 1-26). En Marruecos, las primeras cerámicas griegas importadas proceden de Grecia del Este. Por otra parte, en Mogador las únicas cerámicas atribuibles a Atenas son algunas ánforas SOS que remontan al s. VII a.e., y no son las únicas griegas, pues junto a ellas aparecieron ánforas quietas y algunos fragmentos de otras cerámicas de la costa jonia (Qodin 1988: 90). Sólo a partir de! s. V a.e., se empiezan a documentar en el norte de Marruecos cerámicas del Ática, aparte de ánforas, y una lucerna en *Banasa* (Villard, 1960: 10-11). Cabe sospechar, pues, que, se identifique o no Kerne con Mogador, el periplo del Pseudo Escílax sólo podía señalar justificadamente que la cerámica griega que los fenicios llevaron a estas latitudes era cerámica de Atenas en el caso de que estuviera ya bien avanzado el siglo V a.e. o en pleno siglo IV a.e.. Nos parece, por lo tanto, que la fuente bien informada sobre la costa atlántica que llena de datos etnográficos y comerciales el austero periplo náutico no puede remontarse a fechas tan tempranas como se propone. Por otra parte, Mogador no fue totalmente olvidada como lugar de comercio a partir de mediados del s. VI a.e., restos de ánforas y desechos de elefantes atestiguan en el área excavada la frecuentación de la isla en época púnica, al menos en el siglo IV a.e.. (Qodin, 1957: 16,36, fig. 13 a; 1966: 187) y puede seguir siendo en esa fecha la tan buscada Kerne señalada por el Pseudo Escílax.

¹ La idea puede ser sugerente, pero el comercio invisible, por sus características organizativas, casa mal con un viaje exploratorio como el de Hannón, así como con la fundación de una colonia.

No nos cabe, pues, más que adoptar la solución científicamente más económica; rechazar como dato cierto la fundación de la colonia de Hannón en *Kerne*. A pesar de que el viaje de Hannón pueda remontarse a la segunda mitad del siglo VI a.e. o comienzos del s. V a.e., por diversas referencias de autores como Plinio o Estrabón, sin embargo otros datos parecen entrar en contradicción en el documento literario o simplemente son inciertos: uno de ellos es que el viaje consistió en un intento de circunnavegación de África (Mela, III, 90; Plinio, *N.H.* II, 168) lo cual encaja mal con el proceso de fundación de colonias descrito en el Periplo, seis de las cuales, supuestamente, fueron instaladas en una franja costera reducida y poco hospitalaria, la comprendida entre el Estrecho y *Lixus*. Estas fueron: *Thymiaterion*, *Carikón Teichos*, *Gutte*, *Akra*, *Melitta* y *Arambys*. Unas no son conocidas por otros autores, y las demás cuando son señaladas por alguno de ellos tienen una localización mediterránea o no coincide para nada con la señalada por el Periplo, lo cual nos indica que el autor tardío del Periplo conocía las obras geográficas de Hecateo, Eforo, Heródoto y el Pseudo Escálix, de las cuales recuperó algunos nombres, pero no las localizaciones de estas ciudades. *Thymiaterion* es emplazada por el Pseudo Escálix en la fachada atlántica, mientras Hannón fundaría el enclave en la costa del Estrecho, entre las Columnas y el cabo Esparte; Eforo es el único que llega a mencionar *Carikón Teichos* (*Fr. Gr. Hist.* 70, 53) aunque no llega a precisar su localización; *Akra*, por su parte, aparece en el Pseudo Escálix (112) que la sitúa en la costa occidental de Argelia; *Melitta* que se cree identificar con la *Mélissa* señalada por Hecateo (Esteban de Bizancio, *Frag. Hist. Graec.*) se suele relacionar con *Rusaddir* (Melilla) que acuña monedas con representaciones de abeja Oodin, 1976: 75-76; Fernández Uriel, 1994: 961-963); y, en fin, *Arambys* hace referencia en realidad a un accidente geográfico cuyo significado es "monte de las uvas" (*har anbin*, en lenguas semíticas) (Rebuffat, 1976: 145-6) que era conocido también por su traducción griega, *Ampelusia* (Plin. *N.H.*, V, 2), localizable a partir de este autor en el propio cabo Esparte, mientras el mismo cabo presumiblemente es el que llama Hannón *Soloeis*, recogido también por Heródoto (II, 32; IV, 43) como el confín de Libia.

En esta misma línea hemos de reportar a los añadidos tardíos, ajena al viaje real, la fundación de la colonia, que, según el autor, llamaron *Kerne*, en una isla situada en el fondo de un golfo, a tres días de navegación del *Lixos* (8). En nuestra opinión, el autor tardío del Periplo, con el fin de hacer pasar por verosímil el relato, atribuye a Hannón el papel de fundador de la colonia en una isla que ya era conocida por el Periplo del Pseudo Escálix, a finales del s. IV a.e., pues entraba en la lógica de la época considerar que al preceder el viaje de Hannón al atribuido a Escálix, era posible atribuirle la fundación en la isla. Sin embargo la coherencia termina ahí, pues el contexto descrito en el Pseudo Escálix (112) indica que es una isla regularmente frecuentada por comerciantes fenicios, los cuales, por supuesto, no se encontraron con los colonos dejados por Hannón. El desconocido autor helenístico del periplo (3 y 4) realiza el mismo tipo de apropiación de otro elemento tomado del Pseudo Escálix (112). Se trata del altar de Poseidón construido sobre el cabo *Soloeis*. De nuevo Hannón toma la delantera, y se atribuye la construcción del recinto sagrado dedicado a Poseidón en el extremo del promontorio. Pero desgraciadamente se confunde de promontorio *Soloeis*, pues en el Periplo del Pseudo Escálix el altar a Poseidón debe situarse sin duda en el cabo Cantín, el mismo al que se refieren también Polibio (Plin. *N.H.*, V, 10) y Ptolomeo (IV, 1,2) (Desanges, 1978: 134-5)¹². Así pues, ante esta tesitura, no tenemos ningún lugar reservado a la colonia de Hannón, ya que nos sumamos a aquellos que defienden que el relato es falso, recogiendo datos de diversas procedencias y casi siempre alterados. Aunque parece cierto el viaje de Hannón a finales del siglo VI o durante el s. V a.e., la narración fue elaborada entre los siglos II y I a.e. (Germain, 1957: 206-216; Mauny, 1970: 98-101; Desanges, 1978: 121-147). Nada invita, pues, a pensar que Hannón fundara una colonia en *Kerne* en esa fecha.

En conclusión nuestra propuesta cronológica quedaría establecida de la siguiente manera:

12. No es de extrañar esta duplicidad de nombres en la costa atlántica, pues *Soloeis* significa en fenicio-púnico "saliente rocoso" (Rebuffat, 1976:139-151) Incluso habría que añadir otro topónimo de esta costa con el mismo significado, *Sala*, en la desembocadura del Bou Regreb. Por otra parte, este nombre de lugar no está ausente del Mediterráneo, *Solois* es también una localidad fenicia de la costa norte de Sicilia, cercana a *Panormo*, que se encuentra junto a un cabo.

- Factoría estacional de Mogador, s. VII-VI a.e..
- Comercio no presencial en la región, fines del s. VI -V a.e..
- Nueva factoría estacional, s. IV a.e. (Pseudo Escálix).
- Factoría permanente¹³.

Como se aprecia en este nuevo esquema, habría que insertar estas prácticas no en un contexto de relaciones de intercambio incipientes, pues la isla de Kernel Mogador ya era ocupada estacionalmente desde la primera mitad del siglo VII a.e., sino en un ambiente de relaciones degradadas con los indígenas, que habría obligado a volver a formas de intercambio más recedidas.

A este respecto creo que se puede traer a colación unas informaciones que seguramente hacen referencia a esta situación. Estrabón (XVII, 3, 3), al describirnos la costa de la Libia exterior, se excusa por tener que aludir a algunos relatos que considera fabulosos e inventados por historiadores, el primero de ellos sería el Periplo de Ofedas (s. IV a. C ?)¹⁴. Nos desvela de esta obra la información, poco creíble para él, de la existencia de un golfo con una isla baja que no se inundaría, mientras, las tierras circundantes, más elevadas, quedarían cubiertas por la marea; en dicho lugar se localizaba un altar consagrado a Heracles¹⁵. A continuación recoge otra "fábula" de distinto alcance: que en otro tiempo, en los golfos que siguen al golfo Empórico, hubo establecimientos tirios que estarían ahora desiertos; más de trescientas ciudades¹⁶, que habrían destruido completamente los *Pharusii* y los *Nigrites*, pueblos que, se dice, están a treinta días de marcha de *Lynx*. Eratóstenes (273-192 a.e.), reporta esta misma información: Numerosísimas ciudades fenicias habrían sido completamente arrasadas (Estrab. XVII, 3, 8). Con certeza, Estrabón, el autor que recopila estas noticias, califica de fábula estas últimas noticias, que no tienen nada de extraordinario, no por la destrucción que pudieran haber ocasionado las tribus, sino por el número exagerado de localidades que se mencionan.

Ofedas y después Eratóstenes habrían recogido el eco de unos hechos, la destrucción de factorías tirias por los *Nigrites* y *Pharusii* antes de la formalización del comercio no presencial, lo cual nos precisaría un marco cronológico entre mediados del s. VI a.e., y mediados del V a.e., para la masiva destrucción de los enclaves fenicios. Esta situación, que significaría el repliegue tirio hacia sus colonias seguras, justificaría la penetración cartaginésa en la zona y que fuera a ellos precisamente a quienes Heródoto atribuyera esta forma de intercambio en la región, que, como decíamos al comienzo, se establece entre pueblos que han sufrido un conflicto reciente.

Se aprecia, pues, la conveniencia de una revisión desde la perspectiva que dan los vestigios arqueológicos de la región. En este sentido, parece cada vez más enigmático el vacío arqueológico que sufre la isla de Mogador a mediados del s. VI a.e., que hemos podido fechar con precisión a través del registro cerámico (Kbiri Alaoui y López Pardo, 1998: 5-25). Hasta ahora no se ha podido explicar ese hiato, aunque se había sugerido el traslado de la factoría a la actual Essaouira (Godin, 1988: 90), pero sobre ello no existe ningún indicio arqueológico y, por otra parte, se trata de un lugar muy inseguro por su proximidad a tierra firme y que sufre, además, los embates constantes del viento. También se ha relacionado con la reorganización del poblamiento en la región del Estrecho que tiene lugar en esa época, habitualmente puesta en relación con la crisis de Tarteso, que aparentemente habría dado lugar a un fuerte retraimiento comercial. La propuesta tam-

13. Véase más adelante.

14. AUIOr nacido en la ciudad de *Cirene* según Marciano de Heraclea (*Epit. Pcripl. Men. J, 2, I, e.e.M.* 1, p. 565. Sobre la identificación de este personaje véase: Desanges, 1978: 4-5.

15. Se trata de un fenómeno natural que hemos podido comprobar en el estuario del Lukkos, cuando sube la marea, el flujo del río se acelera produciéndose un desnivel entre la margen exterior de los meandros y la interior, apreciándose que tierras más altas quedan cubiertas por el agua, mientras las islas y penínsulas que forman los meandros no se inundan. Sobre este tema y los textos de Estrabón y Plinio que hacen referencia al asunto, véase en último lugar: López Pardo, e.p.

16. Seguramente Diodoro (V, 20) estaba haciendo referencia a estos enclaves cuando señaló la existencia de antiguas fundaciones fenicias en la costa africana, como muy bien señala]. Millán León (1998: 154-5).

poco parece muy convincente, pues las factorías de la costa argelina, Rachgoun y Mersa Madahk (López Pardo, 1996: 270-274) siguen funcionando y no son pocas las fundaciones de esa época en la costa andaluza. Habría que achacar, pues, el vacío arqueológico en Mogador a la situación de su contexto regional.

La problemática de otros asentamientos en la región es más oscura aún. Azemmur, en la desembocadura del Oum er Rebia, quizás el posible emplazamiento de una factoría arcaica, sólo ha aportado hallazgos aislados de una tumba de época púnica, del s. II a.e. (Cintas, 1954: 24, fig. 9; Luquet, 1973-75: 270, fig. 21). No se ha registrado ningún vestigio anterior a pesar de que este sería el fondeadero más cercano a Mogador.

Quizás de mayor interés sean los hallazgos de *Sala*, en la desembocadura del Bou Regreb. Aunque sólo se ha documentado una ocupación consistente a partir del s. II a.e., (Boube, 1962: 142), J. Boube ha mencionado el hallazgo de cerámica de engobe rojo (1981: 168). Aparentemente se trata de cuencos semiesféricos de pasta similar a los antiguos hallados en Mogador¹⁷. Parece, pues, muy probable que una factoría arcaica fue instalada aquí o en las proximidades, quizá en la Casbah de los Oudaias, más próxima al mar (Euzennat, 1994a: 571). La continuidad de la misma parece también un hecho incierto, siendo posible que tuviera lugar, tiempo después, una refundación en Chellah (Sala). Por su parte, A. Mederos Martín (e.p.) aprecia una ausencia de materiales púnicos de los siglos V-III a.e., en la mayoría de los yacimientos con la excepción de Kuass y *Lixus*, y cree que en este último lugar falta por valorar adecuadamente. Al sur de Mogador no se ha encontrado ningún rastro de factorías, ni en la desembocadura del Sous, ni en el uadi Noun, ni en el Draa, según el balance actualizado de M. Euzennat (1994: 567-571).

¿Podría ser todo ello el reflejo de la desolación provocada por las tribus nómadas y el abandono de la región por la dificultad de comerciar con gentes con las que han entrado en conflicto los fenicios? Nos movemos sin duda en terreno muy inseguro y debemos esperar al avance de los trabajos arqueológicos en la región para contar. Del texto herodoteo nos queda por valorar una cuestión sin duda intrincada: la procedencia del oro que llega a manos de los cartagineses a través del comercio "invisible". ¿De donde llega este oro del que hablan Heródoto y Palefato? Aunque la región de convergencia comercial del metal precioso parece ser la de Mogador y el valle del Sous, no es fácil, sin embargo, señalar su lugar de origen. Algunos autores han indicado la posibilidad de que este oro llegara de las proximidades, de los macizos del Atlas. Sin embargo los estudios mineralógicos realizados en esta región han sido totalmente infructuosos. B. Rosemberger entiende que la producción de oro en Marruecos ha sido insignificante cuando no inexistente a lo largo de su historia. Las referencias medievales o posteriores a la obtención de oro en el Antiatlás y al oeste de Sijilmassa así lo indicarían según este autor (1970: 83-84)¹⁸.

Por contra, en la región del Senegal-Níger se documenta una intensa extracción de oro aluvial que ha durado hasta este siglo y fue la base, junto a la extensión de la metalurgia del hierro, del imperio de Ghana. Ello generó un flujo comercial transahariano que adquirió un gran volumen a partir del s. III d. e., aunque no sabemos con precisión cuando se origina. Entre los Songhay de Malí y en el Senegal occidental el término para nombrar el oro es *ura* y *urus* respectivamente, y proceden del fenicio o del latín, por su parte, en el valle del Sous, próximo a Mogador, el término beréber usado es *urer*, *ureg* (Desanges, 1978a: 53). El rastro arqueológico de la explotación del oro se fecha en este momento, detectándose especialmente en los enterramientos del Sahel (Garrard, 1982: 443-461; Grebncart, 1988: 108)¹⁹.

¿El descubrimiento del oro de la región del Senegal-Níger es una realidad tardía o podemos hacerla remontar a una época más antigua? No faltan argumentos y posiciones encontradas, y yo mismo he sido escéptico al respecto (López Pardo, 1992: 293), sin embargo, revisando la

17. Debo esta noticia a la amabilidad del Dr. Abdelaziz Elkhayari.

18. J. Desanges (1978:381 n. 36) entiende, por el contrario, que las referencias de los geógrafos árabes son consistentes. Sin embargo esas leves informaciones contrastan enormemente con la relevancia que atribuyen Yakoub y El Bekri al descubrimiento de una montaña con una veta de plata en Tandoult, entre el uadi Noun y el Draa (Rosemberger, 1970: 79-81).

documentación para este trabajo, he podido apreciar como muy probable la existencia de ese comercio arcaico.

La referencia al oro en el comercio no presencial no es la única que hace Heródoto. El historiador griego, al trazar los rasgos más sobresalientes de Etiopía, "la tierra que hay hacia poniente", destaca que dicho país produce oro en abundancia (III, 114). En el siglo V a.e., pues, el oro parece caracterizar al Continente, junto a los elefantes y las maderas preciadas. Difícilmente se puede considerar la abundancia de oro en el Bajo Imperio como una primicia. Además hay que colegir que su flujo hacia el Mediterráneo no debía ser insignificante, al menos no lo suficiente como para evitar que Heródoto lo destaque por encima de los demás productos etíopes.

No contamos sólo con esta información, esta realidad áurea se mantiene hasta un siglo después, cuando Palefato relaciona el oro con *Kerne* (XXXI). De forma más difusa aparece en la *Gerioneida* de Estesícoro: "A través] de las olas del mar profundo llegaron a la isla encantadora de los dioses, allí donde las Hespérides tienen mansiones de oro macizo" (Papiros de Oxirrínco 2617.6)²⁰, y en una mención indirecta de P. Mela (III, 103) que recoge una tradición sobre los *pharusii*²¹: "gentes que cuando la expedición de Hércules a las Hespérides eran ricos; pero ahora son incultos y no tienen sino rebaños, de los que viven". Por otra parte, la existencia de un comercio transahariano cuyo término era Cartago parece bien atestiguado y se encontraba en manos de tribus libias como los garamantes (Ath. II 44 d; Ptol., I, 8, 4; Tsirkin, 1987: 128).

Se puede hablar, incluso, de transformaciones que denotan que el desierto era transitado por grupos nómadas desde el siglo VII a.e., al menos. En la extensa región de Dhar Tichitt-Oualata, en el este de Mauritania, se inaugura a mediados del s. VII a.e., una nueva fase tras la destrucción de numerosos poblados de cultivadores situados en los escarpes en torno a un extenso lago, diseminados a lo largo de unos 300 km. Esta última fase neolítica es abruptamente interrumpida por grupos nómadas líbico-beréberes, que inauguran la fase Akjinjeir, que dura hasta el 300 a.e. (Camps, 1974: 256; Munson, 1980: 462; Holl, 1989: 50-60). A este respecto es inevitable recordar de nuevo el texto de Estrabón que se refiere a los *Nigrites* y *Pharusii* del *Anatis*, armados con sus arcos y carros con hoces que realizaban largas travesías del desierto, los cuales, quizás, fueron partícipes de estas transformaciones²².

Por otra parte, esta progresión líbico-beréber es fácil de seguir a través de las representaciones rupestres de carros esquemáticas que se extienden formando un arco desde el Atlas marroquí, por el Sahara Occidental, los montes de los Ksour, y Mauritania, llegando hasta la parte meridional del desierto, precisamente la región de Tichitt, Adrar des Horas, y A'ir (Muzzolini, 1988, I: 367). También las antiguas explotaciones de cobre de la misma época de Akjoujt (Guelb

19. Las excavaciones en H. antigua G.10 han permitido constatar una ocupación datada desde los siglos VIII hasta el XX. El establecimiento fue fundado por el comercio interregional con los territorios del norte (Adrar des Iforas, etc.) (Insoll, 1997: 14). El asentamiento original de G.10 parece que se encontraba en la margen derecha del Níger, en el lugar conocido como Koima "La Dune Rose" donde han aparecido cerámicas datables entre el 200 y 600 d. C. en el yacimiento de Tongo Maara Diabie en el área de Gourma, (4-6). Los productos importados a partir del siglo IX, parecidos aquí y en Igbo-Ukwu, cerca de la desembocadura del río Níger, en cuyo curso medio se encuentra Gao, parecen proceder de Egipto y de Túnez-Libia, lo que ha permitido proponer una ruta caravanera única entre Túnez y Gao. (Insoll y Shilw, 1997: 10). Sin duda aparece conectada con la explotación del oro la introducción de la metalurgia del hierro, que en esa misma región se documenta en el siglo IV d.C., con datación c.14, en el asentamiento de Akumbu, con importantes depósitos de escorias y restos de altos hornos (Togola, 1996: 91-101). La cultura material de sus habitantes es básicamente la misma que la de otras comunidades próximas contemporáneas pero aún inmersas en *Late Stone Age* (Togola, 1996: 107). Aparecen brazaletes de cobre, cuentas de cornalina y conchas cauri (101), que remiten claramente al ámbito mauritano. Seguramente no es casual esta múltiple coincidencia cronológica, y como sugiere P.J. Munson (1980: 465-6) el surgimiento del hierro de Ghana en esa época se debe a la confluencia del comercio transahariano y la metalurgia del hierro que posibilitó sin duda una formación política centralizadora y expansiva. La producción de hierro en la región debió causar notables alteraciones en todo el Sahel, sobre todo teniendo en cuenta que no había una metalurgia de bronce que la precediera.

20. Edición de D. Page, 1973: 138-154. Trad. *Testimonia Hispaniae Antiqua* 11, b, 1999: 1013.

21. Los causantes de la destrucción de las factorías fenicias de la costa atlántica africana al decir de Eritrstenes, autor del que probablemente toma Mela esta nueva información.

22. Pero ellos no eran los únicos que recorrían el desierto de norte a sur, pues Heródoto (IV, 183) se refiere a las *razzias* que realizaban los garamantes, que montados en sus carros daban caza a los etíopes que habitaban en cuevas, considerados enormemente rápidos (I. C. Irer:1).

Moghreim, Mauritania) son atribuibles solamente a estos grupos que se desplazan desde Marruecos (Grebenart, 1992-3:49-58)23.

Heródoto (IV, t 81) repite con insistencia que hay grandes yacimientos de sal en territorios líbicos y sabemos que secularmente los beréberes han cambiado bloques de sal por tolvo de oro en el comercio transahariano, obteniendo enormes beneficios en las transacciones²⁴ pues la falta de sal de sodio en el Sahel obligó tradicionalmente a laboriosos trabajos para obtener sal de potasio a partir de las cenizas de ciertas plantas, que mezcladas con agua se recuperaban una vez hervidas (Ruiz-Gálvez, 1998: 199)25.

En resumidas cuentas la región de *Mogador/Kerne* parece ser la estación a término de este flujo de polvo de oro acaso proveniente del Sahel o en última instancia del AntiAtlas, además de otros productos de la región como el abundante mañil, las pieles de animales salvajes, los huevos de avestruz y los cuernos de gacela órix.

Amogdoul: La torre

Esta situación de intercambios inseguros fue cambiando, las visitas esporádicas condujeron con la fundación de un pequeño asentamiento estable. La localidad de Mogador (actual Essaouira, enfrente de la isla), era conocida en los textos medievales (Al-Bekri) con el nombre de *Amogdoul*. Como hemos podido constatar, muy cerca de la ciudad se encuentra el morabito de un santón musulmán que instigaba a los habitantes de la región a expulsar a los portugueses que establecieron allí una factoría, éste recibe el nombre de *Sidi Mogdoul*. Como recoge Edouard Lipinski, se trata de un término común en fenicio y púnico, documentado ya en el segundo milenio a.e., pues aparece en textos ugaríticos. El vocablo designa algún tipo de baluarte, ya sea una torre o una pequeña fortaleza 26. Por su parte, el Anónimo de Rávena recoge el nombre del puesto denominado *Turrus Buconis [uel Turrus Buceron]* que parece traducir el significado de los dos nombres semitas del lugar: *Mogdul* =(Turrus) y *Kerne* =(Buconis)27. El autor medieval sitúa el enclave en la Mauritania Perosis, país de salinas en las inmediaciones del desierto, en la misma región donde situaba Ptolomeo (4, 7) el mismo enclave, su *Boccanon Hemeroscopeion*, casi al final de una vía caravanera jalonada por unos pocos puestos que comunicaba *Volubilis* con el valle del Sous y la costa, precisamente en las inmediaciones de Mogador-8. Ello confirma el respeto del nombre púnico en época altoimperial romana, aunque traduciendo su significado, y quizás, lo que es más importante, la confluencia de los dos topónimos, el más arcaico, referido a la isla, y el más reciente, el de la factoría. Ello nos permite proponer que el origen del asentamiento estable fue un pequeño recinto con una torre. A este respecto, me parece inevitable recordar el relativo

23. Las dataciones de C14 de esta explotación van del 826+- 126b.c. al 400+-100b.c.(Grebenart., 1992-354).Tal marco cronológico permite desechar totalmente que el paralelismo señalado por P. Leveque entre los objetos de cobre de Akjouit y los de la Península Ibérica de la Edad del Bronce se deban a unas relaciones directas en esa época entre la Península yal este de Mauritania (Millán León, 1998:149).Parece más probable, reforzando la tesis de D. Grebenart, que la lejana similitud entre la metalurgia de Akjouit y la hispana se deba a las importaciones marroquíes de útiles de bronce del Sudeste y de la tachada atlántica y a sus realizaciones similares, como se aprecia en los grabados rupestres del Atlas, donde aparecen puñales y alabardas de aspecto "atlántico".

24. Heródoto, además, señala la existencia de lomas de sal cada cierta distancia y se detiene a comentarnos que los garamantes cultivaban echando encima de la sal una capa de tierra. Por su parte Yacoub, autor árabe del s. XIII recuerda que los mercaderes de Sijilmassa llegaban a Rhano con barras de sa que cambiaban contra un montante de oro pudiendo variar del simple al doble de su peso según la oferta y la demanda. Oacques-Mcunie, 1982:409).

25. Según A. Mederos Martín (c.p, a), el oro del tesoro de Villena (Alicante) procede del noroeste peninsular y se habría acumulado como pago de a sal procedente de la laguna salina de La Mata (Alicante), desarrollándose un comercio sal-oro y estaño a larga distancia ya en el Bronce Final I, Estrabón, por su parte, ya señalaba este comercio metálico por sal realizado por los fenicios con las Casitérides (111,5,11).

26. F. Stumme, Gedanken über libysch-phonizische Anklänge, *Zeitschrift für Assyriologie*, 27,1912: 123-4.citado por E. Lipinski. 1992:126.Según este último la palabra fenicia debía tener la primera vocal a>o, contrariamente al hebreo *mgdol*, pues en uKárítico aparece Ma-ag-da-la-a. Con el tiempo *Mogdoul* se transformó en *Mogdura* para los portugueses y en *Mogadur* para los españoles.

27. Debo a D. Noé Villaverde Vega el establecimiento de esta brillante identificación que contribuye de manera sustancial a contrastar nuestro planteamiento.

28. Sobre este enclave y la ruta en que se inserta véase en último lugar: F. López Pardo, 1987:170.

parecido fonético con Abul, nombre actual del yacimiento fenicio de la desembocadura del Sado (Portugal). Sobre este asunto, Carlos Tavares Da Silva ha tenido la amabilidad de señalarme que el origen del topónimo de Abul se pierde en el tiempo, y que sin duda no es portugués, que es semita. Sea o no cierta la relación entre los nombres, la verdad es que el establecimiento de Abul consiste en un conjunto de habitaciones con un grueso muro exterior distribuidas en torno a un patio con un altar, y domina todo el complejo una pequeña torre²⁹.

Parece, pues, evidente que se instala en Mogador o en la actual Essaouira una pequeña factoría fortificada, con una infraestructura exigua, similar a la que muchos siglos después construyeron los portugueses en este lugar. El paralelismo con Abul, la pequeña factoría fenicia de la desembocadura del Sado, y la inexistencia de otros topónimos fenicio-púnicos de esta raíz nos hace pensar que *Mogdoul* denomina un tipo de asentamiento, en este caso claramente comercial, de igual manera que *Maqóm* (mercado) *Shemesh* (sol), es un enclave comercial púnico de Marruecos aún por localizar³⁰, perfectamente paralelizable con el puesto comercial de *Macompsisa* (actual Macomer, Cerdeña) cuyo nombre latinizado se refiere a *Maqóm* (mercado) *Sisar* o *Sisara* (Señor o Señora) (Garbini, 1997: 114)³¹ que sin duda hace referencia a una divinidad, seguramente lo mismo que *Shemesh*. Por su parte, como es bien conocido, *Gadir* y *Agadir* proceden de *He Gadir*, "el recinto fortificado"³², también un nombre genérico que se consolida como nombre de localidad. Creemos, en suma, que *Mogdoul* vendría a designar un tipo de factoría muy simple, aquella que se instala tras los contactos comerciales estacionales que venimos señalando.

Mogador, sin embargo, no ha deparado elementos constructivos de habitación, pero el hecho de que el topónimo se corresponda mejor con el término púnico que con el fenicio arcaico, vendría a apoyar que el asentamiento estable se consolidó en época púnica. Ello indicaría que es a partir de la frecuentación de *Kerne* en los siglos V-IV a.e. . a.e., descrita por el Periplo del Pseudo Escilax, cuando se construye la nueva factoría. Refuerza esta propuesta el hecho de que una cisterna que se consideró de época romana cuando fué excavada en los años cincuenta, cuenta con elementos constructivos claramente púnicos, similares a estructuras semejantes de la Cerdeña cartaginesa.

La instalación fija supuso un salto cualitativo importante con relación a las formas de intercambio no presencial y las visitas irregulares. Dejaron de ser relaciones recias, dejaron de ser relaciones comerciales puras, sin establecimiento de vínculos. A partir de ese momento las relaciones de intercambio quedaron codificadas como las que se producen entre grupos aliados, con su entrega de regalos periódicos y la realización de transacciones en un marco seguro.

29. Abul es una construcción realizada *ex novo* entre dos grandes asentamientos indígenas, Setubal y Alcaccr Do Sal, por lo tanto seguramente fue ubicada en un terreno prestado. Se localiza en la margen aérea del Sado, separada de tierra firme por un foso, que aísla la pequeña península donde se encuentra el edificio.

30. El topónimo es conocido, exclusivamente, a través de algunas acuñaciones monetales que habían sido atribuidas a *Lixus*. Se consideraron amonedaciones diferentes a las oficiales de la localidad, presuntamente del santuario, sobre la base de dos indicios: la similitud entre *Shemesh* y *Tchemich*, nombre árabe de la colina donde se localizan los vestigios de *Lixus*; y en razón del hallazgo de una moneda lúbrida, con anverso típico *lixita* y reverso propio de las monedas de *Shemesh* (Mazard, 1955: 189; Marion, 1960: 449; *Id.*, 1972: 72-88). La vinculación con *Lixus* pareció sólida, valorándose la posibilidad de que se trataba de acuñaciones del templo, también debido al significado de "lugar sacro" que en algunos trabajos se atribuía al término *MACOM*, a pesar de ser un término común con el sentido de "lugar" (Fevrier, 1960-61: 33-6; Milani, 1983: 38; López Pardo, 1992: 99-101). Hoy habría proponer, a la luz de su lectura como mercado, de que se trate de un enclave no excesivamente alejado de *Lixus*, quizás situado en las proximidades de Ksar el Kebir, en el cauce del Lukkos, donde en estos momentos se están realizando importantes hallazgos de habitat y necrópolis con materiales arcaicos fenicios (comunicación personal del Dr. Abdelaziz el Khayari).

31. Aunque este autor prefiriera considerarlo un arcaico enclave filisteo situado en el interior de Cerdeña.

32. *Gadir* se encontraba en la isla de *Eritheia*, que presenta por ello un posible paralelismo con *Mogdoul*, situado en la isla de *Kerne*. Por otro lado, *agadir* es el término que utilizan las poblaciones beréberes del valle del Sous, en cuya desembocadura se encuentra la ciudad de *Agadir*, con el mismo significado que en fenicio: recinto fortificado.

Bibliografía

- ARNOLD, R. (1976): Un puerto de comercio: Whydah, en la costa de Guinea. Polanyi *et alii*. *Comercio y mercado en los Imperios antiguos*. Barcelona: 201-223.
- BENET, F. (1976): Mercados explosivos: las tierras altas beréberes. Polanyi *et alii*. *Comercio y mercado en los Imperios antiguos*. Barcelona: 237-264.
- BINET, J. (1970): *Psychologie économique africaine*. Paris.
- BOUBE, J. (1962): Découvertes récentes à Sala Colonia (Chellah). *BACTH*, 1959-60: 141-5.
- BOUBE, J. (1981): Les origines phéniciennes de Sala de Mauretanie. *BACTH*: 155-170.
- BUNNENS, G. (1983): La distinction entre phéniciens et puniques chez les auteurs classiques. *I el.S.F.p.*, vol. 1, Roma: 234.
- CAMPS, G. (1960): Aux origines de la Berberie. Massinisa ou les débuts de l'histoire. *Libya*, 8.
- CAMPS, G. (1974): *Les civilisations préhistoriques de l'Afrique du Nord et du Sahara*.
- CARCOPINO, J. (1943): *Le Maroc antique*. Paris.
- CINTAS, P. (1954): *Contribution à l'étude de l'expansion carthaginoise au Maroc*. Paris.
- DESANG ES, J. (1962): *Catalogue des tribus africaines de l'Antiquité classique à l'ouest du Nil*. Dakar .
- DESANGES, J. (1978): *Recherches sur l'activité des méditerranéens aux confins de l'Afrique. (VIe siècle avant.-e -IVe siècle après J.-e)*. Roma.
- DESANGES, J. (1978 a): Remarques critiques sur l'hypothèse d'une imposition de l'or africain dans le monde phénico-punique. *Actes du deuxième Congrès International d'Etude des Cultures de la Méditerranée Occidentale. I/ Malte*, 1976, Alger: 52-3.
- DESANGES, J. (1980): *Pline l'Ancien. H. N. Livre V, }-46*. Paris.
- DESANGES, J. (1993): Diodore de Sicile et les Éthiopiens d'Occident. *e.R.A.I.*: 525-541.
- DOMÍNGUEZ MONEDERO, A.J. (1994): El periplo del Pseudo-Escílax y el mecanismo comercial y colonial fenicio en época arcaica. *Homenaje A. Presedo*. Sevilla: 61-80.
- DOMÍNGUEZ MONEDERO, A.J. (1995): Libios, libiofenicios, blastofenicios: elementos púnicos y africanos en la Iberia Bárquida y sus perspectivas. *Cerion*, 13: 223-239.
- EUZENNAT, M. (1993): s.v. Cerné-KEPNH. *Encyclopédie Berbère*, XII.
- EUZENNAT, M. (1994): RelOur à Cerné. *BCTH*, n.s.23, Afrique du Nord, 1990-1992: 222-223.
- EUZENNAT, M. (1994a): Le Périples d'Hannón. *CRAI*: 559-580.
- FERNÁNDEZ URIEL, P. (1994): Nuevas aportaciones sobre la apicultura en la Hispania Antigua. *11 Congreso Peninsular de Historia Antigua*. Coimbra: 955-969.
- FÉVRIER, J. (1960-61): Paralipóména Punica, suite, VIII. Le mot Maqom en phénicien-punique. *Cahiers de Byrsa*, 9: 33-36.
- G. WAGNER, C. (1999): Fenicios y púnicos en el norte de África y en el Mediterráneo occidental, en J.M. Blázquez, J. Alvar y C. G. Wagner, *Fenicios y cartagineses en el Mediterráneo*. Madrid: 514-16.
- GARRARD, F. (1982): Myth and Metrology: The early Tralls-Saharan Gold Trade. *The Journal of African History*, 23: 443-461.
- GARBINI, G. (1997): *I Filistei*. Milan.
- GERMAIN, G. (1957): Qu'est-ce que le Périples d'Hannón? . Document, amplification littéraire ou faux intégral? . *Hesperis*, 44: 205-248.
- GREBENART, D. (1992-3): L'âge du cuivre au Sahara central et occidental. *Sahara*, 5: 49-58.
- HARRIS, M. (1981): *Introducción a la Antropología general*. Madrid.
- HERÓDOTO. *Historia*. Libros III-IV, texto traducido por C. Schrader. Madrid, Gredos, 21, 1995.
- HERSKOVITS, M.J. (1952): *Antropología económica*. México.
- HOLL, A. (1989): Habitat et sociétés préhistoriques du Dhar Tichit (Maurétanie). *Sahara*, 2: 50-60.
- INSOLL, T. (1997): Iron Age Gao: an Archaeological contribution. *Journal of African History*, 38: 1-30.
- INSOLL, T. y SHA W, I. (1997): Gao and Igbo-Ukwu: Beads, Interregional Trade, and Beyond. *African Archaeological Review*, 14, 1: 9-23.
- JACQUES-MEUNIE, D. (1982): *Le Maroc saharien des origines au XVIe siècle*. Paris, 2 Vols.
- JODIN, A. (1957): Note préliminaire sur l'établissement pré-romain de Mogador (campagnes 1956-1957). *BAM*, 2: 9-40.
- JODIN, A. (1966): *Mogador. Comptoir phénicien au Maroc atlantique*. Rabat.

- JODIN, A. (1976): Les Grecs d'Asie et l'exploration du littoral marocain. *Homenaje García Bellido*, vol.II: 75-76.
- JODIN, A. (1988): Les Phéniciens à Mogador. *Dossiers HisLOire et Archéologie*, 132: 88-91.
- KBIRI ALAOUI, M. y LÓPEZ PARDIJO, F. (1998): La factoría fenicia de Mogador. (Essaouira, Marruecos): Las cerámicas pintadas. *AEspA*, 71: 5-25.
- LIPINSKI, E. (1992): L'aménagement des villes dans la terminologie phénico-punique. *X Convegno "L'Africa romana*. Oristano: 121-1.H.
- LÓPEZ CASTRO, J. L. (1992): Los libiofenicios: una colonización agrícola. *R.S.R.*, 20: 51-64.
- LÓPEZ PARDO, F. (1987): Mauritania Tingitana: de mercado colonial púnico a provincia periférica romana. Madrid.
- LÓPEZ PARDO, F. (1992): Reflexiones sobre el origen de Lixus y su Delubrum Herculis en el contexto de la empresa comercial fenicia. *Lixus, Actes du colloque, Larache nov.* 1989. Roma, 1992.
- LÓPEZ PARDO, F. (1996): Los enclaves fenicios en el África noroccidental: del modelo de las escalas náuticas al de colonización con implicaciones productivas. *Gerión*, 14: 251-288.
- LÓPEZ PARDO, F. (e.p.): La fundación de Lixus. *IV CIEFP*.
- LUQUET, A. (1973-75): Contribution à l'Atlas archéologique du Maroc. Le Maroc punique. *BAM*, 9: 261-270.
- MARION, J. (1960): Notes sur les séries monétaires de la Maurétanie Tingitane. *BAM*, 4: 449-457.
- MARION, J. (1972): Les monnaies de Shemesh et des villes autonomes de Maurétanie Tingitane du musée Louis-Chatelain à Rabat. *Anl.Afr.* 6: 59-128.
- MAUNY, R. (1955): La navigation sur les COLES du Sahara pendant l'Antiquité. *Revue des Études Anciennes*, 57: 92-101.
- MAZARD, J. (1955): *Corpus numorum Numidiae Mauretaniaeque*. Paris.
- MEDEROS, A. (e.p.): El marco temporal de la Protohistoria canaria y su inserción en la secuencia litoral atlántica norteafricana.
- MEDEROS, A. (e.p. a): La metamorfosis de Villena. Comercio de oro, estaño y sal durante el Bronce Pinal I. entre el Atlántico y el Mediterráneo (1625-1300 AC). *Trabajos de Prehistoria*.
- MILANI, C. (1983): Lat. Locus sanctus, loca sancta. Ebr., Meqom Haqqodes, maqom qados. *Sanluari e politica nel mondo antico*. Milan.
- MILLÁN LEÓN, J. (1998): *Gades y las navegaciones oceánicas en la Antigüedad (1000 a.e. - 500 d.e.)*. Écija.
- MÜLLER, C. (1848, reimpr. 1975): *Fragmenta Historicorum Graecorum*. II.
- MUNSON, P. J. (1980): Archaeology and the Prehistoric origins of the Ghana Empire. *Journal of African Studies*, 21: 457-466.
- MUZZOLINI, A. (1988): Les chars des steles du sud-ouest de la péninsule Ibénique, les chars des gravures rupestres du Maroc et la datation des chars sahariens. *I et. E.G. Madrid*, vol. 1: 361-87.
- PAGE, D. (1973): Stesichoros, the Geryoneis. *JH E*, 93, 1973: 138-154.
- PERE'NI, A. (1961): Eforo e Pseudo-Scilace. *Studi Classici e orientali*, 10: 5-43.
- PERE'NI, A. (1988): Dali s'Oricie distanze marine nel Periplo di Scilace. *Studi Classici e Orientali*, 38: 13-137.
- PRICE, J.A. (1980): On silent trade. *Research in Economic Anthropology*, 3: 75-96.
- RAMIN, J. (1976): *Le périple d'Hannón*. BAR, 3.
- REBUFFAT, R. (1976): D'Un port grec du XVIe siècle au Périple d'Hannón. *Karthago*, 17: 139-151.
- ROSENBERGER, B. (1970): *Les vieilles exploitations minières et les centres métallurgiques du Maroc, essai de carte historique*, 11. *Revue de Géographie du Maroc*, 18.
- RUIZ-GALVEZ PRIEGO, M. (1998): *La Europa atlántica en la Edad del Bronce. Un viaje a las raíces de Europa Occidental*. Barcelona.
- STUMME, F. (1912): Gedanken über libysch-phonizische Anklänge. *Zeitschrift für Assyriologie*, 27, 121-128 (123-4) citado por E. Lipinski, 1992: 126.
- TANDY, D.W. (1997): *Warriors into Traders. The Power of the Market in Early Greece*.
- TESTIMONIA I-ISPANIAE ANTIQUA. II, B, (eds.) Mangas - D. Plácido, Madrid, 1999.
- TYMOWSKI, M. (1979): *Dzieje Timbaktu*. Wrocław.
- YOGOLA, T. (1996): Iran Age Occupation in the Mema Region, Mali. *African Archaeological Review*, 15,2: 91-110.
- TROIN, J.F. (1975): *Les souks marocains*. Aix-en-Provence. 2 vols.
- TSIRKIN, YU.B. (1987): The Economy of Canhage. *Studia Phoenicia*. Leuven: 125-135.
- WARMINGTON, E.H. (1974): *The commerce between the Roman Empire and India*. Londres.
- VILLARI, F. (1960): Céramique grecque du Maroc. *BAM*, 4: 1-26.
- ZACCAGNINI, C. (1996): In margine all'emporion: modelli di scambio nelle economie del Vicino Oriente antico. *L'Emporion*: 127-143.